

# VIAJE AL CENTRO DE UN YUYAL DE COLORES

Rodrio Sosa



45

(FOTO)CRÓNICAS Y CÓ(S)MICAS


ORIGEN

 CIUDAD DEL ESTE ▾

DESTINO

 CIUDAD DEL ESTE ▾

PASAJERXS

 X ADULTXS ▾

"Viaje al centro de un yuyal de colores", Rodrio Sosa

Vol. 5, N° 1 - Julio de 2023 || ISSN 2763-5066



El que nace pobre descubre joven que ante la falta de recursos para costearse un boleto a las Bahamas, puede trocarse otro tipo de tiquetes y pegarse un viaje hasta entre ramas. Nótese que al escribir esto certifico mi nacimiento y como consecuencia, este dialectalismo pelotudo.

Mi amigo tenía una amiga que conocía a un tercer amigo que, por culpa de la yunta que le rodeaba, o sea, sus otros amigos, terminó emprendiendo una fábrica casera de tiquetes en, valga la redundancia, su casa: un amigo lejano pues. El modelo comercial era desafiante al de los grandes emporios de transportes, uno en donde cada tiquete podía ser partido en dos partes, equivaliendo a dos viajes diferentes cuyos puntos de inicio de ruta eran el propio domicilio del viajero. Es decir, el recorrido comenzaba en donde uno decidiera que comenzara. Así, mi amigo y yo, inmersos en la crisis de los veintes, decidimos hacer un tour por el yuyal en el que habíamos habitado toda nuestra vida, nuestra ciudad/pueblo. El presupuesto de viaje no daba para más pero, para ser honestos, tampoco era necesario. Cual Guevara y Granado en Diarios de Motocicleta esperábamos que éste nos aclarara un futuro que aún nos era difuso entre la adolescencia y el flujo de producción capitalista al que nos estábamos adentrando. Por eso, fieles a nuestros aún pubertos ideales socialistas, elegimos romper con el flujo corriente del capital y apoyar al comercio local.

Mientras que los viajes convencionales requerían de un extenso plan de ahorro, este tiquete en mitad equivalía al valor del 67% de un día laboral. Unas cinco horas y media. Asequible. Aún así, ese día trabajamos las ocho regulares; "no se puede viajar con el estómago vacío", pensamos. El producto en cuestión, innovador no solo en precio, modo de comercialización o ejecución, también lo era en forma: no dependía del visto bueno de ningún guarda para canjearlo ya que ofrecían un acuerdo de confianza con el cliente. Bastaba con sostener la primera parte del tiquete que me pertenecía, observar la carita sonriente que llevaba mal impresa, rezar porque no funcionara y meterlo a mi boca. Una especie de pacto de honor simbólico que entre la saliva del comprador y el papel del vendedor, se sella y no hay aduana intergaláctica que lo frene.

El viaje comenzó en el patio de una casa a las nueve, cayendo la noche. Cinco minutos pasaron y nada. Diez incluso y ni el olor a mierda venía a llevarnos. Quince y empecé a mirar a mi alrededor, impaciente e inconforme con el servicio. Diecisiete y quedé estacionado con la mirada hacia arriba. Dieciocho y quedé estacionado con la mirada hacia arriba. Diecinueve y quedé estacionado con la mirada hacia arriba. Veinte y noté el porqué quedé estacionado con la mirada hacia arriba, obvio, sin desaparcar la mirada de arriba pero ya habiendo partido el viaje desde hacía un rato.

Si me atrevo a confiar en mis recuerdos, lo que en este contexto supondría un rotundo pavor historiográfico, diría que tras ciertos lapsos de palabras indeterminadas, grasas saboreadas y caminatas tambaleantes, terminé arrojado como un saco viejo y usado en el asiento de pasajero de algún auto que ya emprendía destino desde el pueblo hasta el pueblo. El conductor, mi amigo, quien no pudo canjear su



tiquete por haber tenido conflictos burócratas con sus papeles de identidad orgánica, fue mi chofer voluntario. Pero para mí, de ser honesto, ese cacharro funcionaba solamente como paraje movidizo de mi otro viaje, el que estaba teniendo a través de las ventanas.

Más allá, entre punto y punto, veía árboles, dignos de ser parte de ese yuyal llamado casa, que se movían en sinfonía como olas de garras filosas al ritmo del todo: el motor del auto, las ruedas contra el asfalto, mis oídos aturdidos, una voz que preguntaba por mi estado de salud, el silencio que le proveía, el roce de cada partícula de mi ropa y una música colorida de fondo. Al principio el paisaje de las afueras era de un verde tocado por la falta de luz natural y los pocos faroles públicos funcionando. Pero algo modificó los hechos. Una barra vertical se abrió al costado izquierdo de mi pantalla; el de mis ojos, hablo. Ocho mini cuadros identificaban los tonos que acaparaban la escena como una especie de guía de color para corrección cinematográfica. Sorprendentemente no tardé mucho en asimilar la nueva herramienta de software que llevaba mi cuerpo encima. No obstante, toda actualización conlleva algún que otro bug. El mío: empezar a desconocer los propios colores.

A continuación, dejo la partitura colorimétrica vista en un tramo de lo que en duración física desconozco pero que sensorialmente fueron unas tres horas y poco:

*azul - vino - verde / amarillo - verde - fucsia - / rojo - lila - vaca (blanco con motas) / metal - azul - ruido (sin descripción posible) / verde (potente) - hígado - papas / (Y a partir de acá, solo se vuelve hambriento y confuso)*

Fin de la secuencia.

Mi próxima parada fueron sus palabras, las de Guevara. Nos sentí poseídos, me sentí Granado. Él, conduciendo el viaje; yo, embobado en unas vistas que después iría a comprender. Pero claro, entiendo que esperan que "mi próxima parada fueron sus palabras" (retomando el hilo) sea un mero juego estético de vocablos, pero no. Sus palabras salían y en efecto eran sólidas. Como si sus vibraciones me sirvieran de alfombra voladora, una que sobrevolaba el interior de esa cosa al compás de cuatro ruedas.

En medio de ese tránsito me encontré en el asiento trasero. Me miré y miré mi lugar anterior, el del pasajero y estaba ocupado por una tipa rara, como si su intención fuera serlo. No me cuestioné su procedencia. Ahora los lapsos intermedios entre recuerdos eran inadvertidos. Contaba historias de ella o de otra gente que eran parte de ella. Algo sobre unos amigos cercanos, quizás nuestros lejanos, que ya no están; por qué no están; qué deja el que no estén y si estaban, qué harían. El resto solo eran hilos barrocos de mi alfombra. Tras ese espectáculo de luces, bullshit y hambre, como bien se ha visto antes, me empezó a invadir el cuerpo. El 33% restante del sueldo y el equivalente suyo en colesterol que consumí antes del viaje no fue suficiente.

Guevara entonces, en medio de la ya madruguera pereza, se puso a buscar ración por esas avenidas asesinadas por la noche. En el trayecto me di cuenta que ya

*"Viaje al centro de un yuyal de colores", Rodrio Sosa*

**Vol. 5, N° 1 - Julio de 2023 || ISSN 2763-5066**



las habíamos recorrido, cada uno por su cuenta y también, capaz, en dupla pero no eran las mismas. Estaban habitadas por otros seres: diferentes, más desnudos, menos condicionados por la visibilidad del día y claro, transportando una cantidad insalubre de alcohol en las venas.

Llegamos inconscientemente a un bailongo en el patio de una iglesia popular, una de las tantas del yuyal, a la que con miedo de ser exorcizados en nuestro estado solo nos atrevimos a rodear. Dimos una primera pasada, Guevara, Rara (se le quedó como mote) y yo, bajo el soundtrack todo menos cristiano que desprendía el lugar entre las calles costeras en las que solo habitaban autos abandonados por cristianos envinados. Entre ellos, a unos metros de la entrada principal de la fiesta, dos hijos de Dios carentes de pantalones entre la cintura y la rodilla consumaban el jolgorio con una bendición. Sin embargo, sintiendo nuestras pasada diabólica, se los suben y deciden darle la bienvenida a su nuevo crío en otro sitio. Respetable. "Bien pensado", pensé. Cuando abandonábamos el recinto, ciegos por el hambre, un olor majestuoso a brasas y muerte nos llamó la atención y fuera del perímetro del señor, vimos el verdadero reverso del cielo: un carrito sucio, origen del manjar ahumado que olíamos, en donde una señora de manos sudadas trabajaba sin cesar en lo que entendimos, según el cartelito del frente -"asábito 3 x 10mil"- que vendían asaditos.

La comida, a pesar de ser un excelente punto de encuentro, nos encontró a kilómetros mentales de distancia. Rara, diluida en sus mambos, Granado, encaramado a tiquetes diluidos y Guevara, habiendo querido diluirse en lo encaramado. Tres bastardos del día buscando un asilo político en el mismo distrito donde habían sido paridos. Una joda, pero no tanta para Rara. La lógica para ella era, valga la redundancia, lógica. Los tres, vagando en sus propios viajes, no debían ser precisamente recludos de ellos para interconectarse sino, en medio de ello, introducirse en un segundo. "Pasemos por mi casa, tengo mota", dijo. Un viaje síncrono lo solucionaría todo. Lógica.

*papel - celeste - bordó / blanco - 500 Gs - cascarón - / bananas - fernet - sangre / naranja rojizo - rosado - rojo / rojo (débil) - rojo - rojo (colorado) / (A partir de acá, solo fueron recuerdos)*

Fin de la secuencia (2).

El fin de los tiquetes: los colores.

Llegamos a la "casa" de Rara. La ubicación era correcta pero desde el auto, estacionado en la latitud establecida, sólo era capaz de ver lo mismo que ya habíamos visto desde hacía dos décadas: yuyales. Putos yuyales. ¿La diferencia? Sus colores. "No tardo", dijo rara. Entonces salió del auto y aún siendo corta de patas, emprendió una correría maratónica entre el matorral como si la pudiera atravesar. Guevara y yo nos miramos extrañados entre nós y cuando volvimos el espectáculo ya se había acabado. Rara se nos había perdido de vista y entre medio de las plantas, oscilaba un hueco de forma humana.

No miento, lo primero que se me vino a la cabeza fue "¿cómo carajos se va a to-

*"Viaje al centro de un yuyal de colores", Rodrio Sosa*



mar mamá la noticia de que me extirparon los órganos?". Dos amigos etiquetados estacionados en frente a la casa de una extraña que, en medio de la puta noche dice traer cosas de en medio de un sub-yuyal en medio de otro yuyal más grande que llama casa. Estábamos acabados. No éramos Guevara ni Granado, éramos "este otro" y "este aquel". Unos que no podían ni con su propia existencia intentando llevar la vida de otros que sí pudieron. "Una pena, un buen muchacho", diría la despensera a la que le compraba puchos. "Le dijimos que no se meta en eso y estudie Derecho", diría el tío hipócrita. "Qué mierda", dirían mis hermanos. Nós, por el contrario, no decíamos nada, ni siquiera entre nós. No había mucho por decir. Ese puto tiquete partido en dos tenía un destino establecido desde el principio y tragárnoslo fue un error que decidimos cometer.

Como últimas palabras y al borde de un llanto narrativo, miro a mi amigo y lo único digo es: "Hoy fue muy raro". Él, en una risa que sentí dolorosa pero sentí, lo anotó en nuestro chat como sepultando lo que fuimos. En eso, en medio de la quietud de la nada, del yuyal, las plantas vuelven a moverse y así como nos perdimos la salida, perdimos la entrada: Rara, con una bolsa (recuerdo) más grande que su cabeza está al costado del auto, sonriendo, a punto de introducirnos al segundo viaje que se nos fue prometido, tal vez antes o tal vez después del fin.



### **Rodrio Sosa**

Cronista, ilustrador y jugador frustrado de 22 años oriundo de Ciudad del Este, Paraguay. Estudia Mediación Cultural - Artes y Letras en la Universidad Federal de Integración Latinoamericana para contar historias.